

Seix Barral Biblioteca Breve



Antonio Prieto

Cartas a un viejo amigo difunto



UNIVERSIDAD DE MADRID

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Acaso, tú, Hilario, viejo
amigo, ¿podrías asegurarme
que mañana alguien atende
ré mi palabra? ¿Qué podri-
ser aún o escuchada por un
amigo y no despedida con
indefensión o a humedirse
en el pantano de la nada?
¿Bastante ayer, cuando de-
la casa, a compañía de Octa-
vio Augusto, al principio, con
al fin de comprobar si troci el
largo sueño el morse había
irado por la loca-
... 12



Seix Barral Biblioteca Breve

Antonio Prieto
Cartas a un viejo amigo
difunto

I

CAMINO HACIA AYER

¿Acaso tú, Hilario, viejo amigo, podrías asegurarme que mañana alguien atenderá mi palabra? ¿Que ella podrá ser leída o escuchada por un amigo y no despedida con indiferencia para hundirse en el pantano de la nada?

Precisamente ayer, camino de la costa, acompañaba al princeps, o sea al César Octavio Augusto, el primero entre los ciudadanos, porque se había levantado con el capricho de ver cómo se despertaba el mar, tras el largo sueño con la oscuridad de la noche. Quería comprobar si se alzaba airado por la enemistad del viento o lo hacía serenamente, sin que ninguna luminosidad hiriera el sueño calmo mantenido entre los peces que lo aclamaron.

—¿Conoces —me preguntó de pronto— a Trasíbulo, hijo de Jenócrates?

Negué con la cabeza e insistió con rapidez:

—¿Ni siquiera lo has oído nombrar?

—Ni siquiera —proseguí negando.

—Pues el tebano Píndaro, el poeta que los ensalza en su oda pítica, aseguró que ni la lluvia invernal ni el fuerte

Aquilón borrarían el templete, tesoro arquitectónico en el que figuran sus nombres. Recuerda que en los versos de esta oda y en otras se animó el gran Horacio para asegurar el valor inmortalizador de la poesía, el no morir del todo que otorga esperanza. Y ahora llegas tú y ni siquiera recuerdas los nombres que Píndaro fijó. Niegas con ello hasta la famosa oda de Horacio que nos daba valor ante la viciosa muerte.

Comprendí que había metido la pata mi ignorancia y que tardaría tiempo en volver nuevamente a mí la voluntad de Augusto. Me lo aseguraba el gesto serio del princeps, que quizás estuviera interrogándole al mar sobre su acierto en mandarme llamar a España, cuando apenas si reunía méritos para ser miembro popular del senado.

Me vinieron entonces a la mente todas las advertencias sobre el princeps que me había ofrecido Clodia gratuitamente. Clodia era todavía una hermosa cortesana de la que se comentaba en Roma que su arte retrasó más de una vez el encuentro de Antonio con Cleopatra. Me aferraba a la imagen de Clodia no ya por su tentador atractivo sino porque no acertaba a defenderme ante Augusto aduciendo que cada día era más difícil retener en la memoria el nombre de las personas porque su número aumentaba, crecía y crecía, y dentro de poco retener sus nombres sería retener nominalmente a toda una humanidad. No, no me encontraba en disposición de mostrarle al viejo emperador, que había cruzado los setenta años, esta verdad cuyo cumplimiento exigía la respiración de vivir y defender el presente alimentando olvidos e ignorancias por falta de espacio.

Clodia, iba escribiéndote, tenía una extraordinaria vitalidad, eficiente cuidadora de todo, incluso de su virginidad, y fue la que pronto me indicó que el princeps, hijo

de Acia, había nacido el 23 de septiembre, mes afortunado para los nacimientos, aunque el emperador estaba cogido por la enfermedad de los temores y el poso que iban dejándole las supersticiones y torpes creencias. Pues era el caso de que no pasaba día en el que Augusto no escuchara el consejo y advertencia de algún predicador de venturas.

Gracias a Clodia comprendí pronto que Augusto amara tan fielmente a su esposa, por cuanto Livia era otorgadora de buena suerte, en tanto que, por el contrario, encadenó a un general por su mal fario antes de comenzar la batalla naval de Accio en la que venció a Cleopatra y a Marco Antonio.

Clodia iba detallándome cómo el princeps era muy religioso, adepto a los horóscopos y oráculos, que lo rodeaban de presagios e inquietud y le llevaron, por medio de Agripa, a la expulsión de Roma de magos y adivinos que perturbaban el orden, en especial cuando respondían a las preguntas sobre la muerte de alguna persona o el futuro político de alguien envidioso.

Augusto creía religiosamente en los auspicios y en los prodigios, desde los más pequeños y familiares, como cuidar con qué pie se calzaba o entraba en un espacio, hasta los que se habían engendrado en el sueño. Clodia me señalaba especialmente aquel sueño de Acia cuando se durmió sobre su litera en una noche en la que asistía a una solemne ceremonia en honor de Apolo. Mientras las demás matronas marchaban a sus casas, Acia comenzó a soñar que una serpiente se adentraba en su litera y en ella producía. Al poco rato la serpiente la abandonó. Acia se despertó y se purificó como si acabara de salir de los brazos de su marido. En su cuerpo observó una mancha posiblemente dibujada por la serpiente que no podía bo-

rrarse. Después de diez meses nació Augusto y por la interpretación del sueño lo entendió como hijo de Apolo. La misma Acia, poco antes de parir, soñó que sus entrañas eran transportadas al cielo y allí se desparramaban en el firmamento sin manchar su color. El crédulo M. G. Octavio, su marido, casi coincidió al soñar que el día del nacimiento de Augusto el disco del sol salía del seno de Acia. El sueño de ambos se extendería en fábula y P. Nigidio se atrevió a señalar que con el parto de Acia nacía el dueño del mundo.

Me preguntaba, Hilario, viejo amigo, qué grado de verdad habrá en estos sueños que me confió Clodia y qué parte de sugestión existirá en ellos dentro de un campo colectivo de hechizo y fascinación. Sé que aisladas páginas, amigas de las fábulas, confirman lo expuesto por Clodia, pero ignoro a qué número de ellas le permitirán su entrada en la Historia. Con toda seguridad, en cambio, puedo asegurarte que Clodia estaba preciosa, acentuando con el movimiento de sus ojos la credulidad para sus palabras. Te diría más de Clodia, mucho más, si la edad no me aconsejara ya caminar por senderos más templados. Sí quiero confiarte, buen amigo, que buscaba distraerme de tanto argumento ajeno imaginando a Clodia bañándose en alguna de las playas de la costa napolitana, tal vez en Bayas, que tan de moda estaba, y en donde podría haberse encontrado con Cynthia, la *docta puella* de Propercio.

Bayas está en la ribera norte de la bahía de Nápoles, y era visitada por todas las mujeres liberadas que gustaban del vino dulce y suave de Lesbos y de atender las admoniciones que provenían de Átalo, rey de Pérgamo, al que se consideraba inventor del hilado de oro para embellecer las ropas y muy versado en los vestidos de seda que pro-

cedían de la isla de Cos y tanto se llevaban por su transparencia. Clodia me apuntaba que no era raro tropezar en Bayas con desvergonzadas cortesanas como Lais, que fuera amante de Diógenes y de Demóstenes, o Tais, que tuvo por amante a Menandro, cómico ateniense que mucho la atendió, o Frine, natural de Beocia, que tuvo el gesto de ofrecerse para reparar los muros de Tebas con el dinero conseguido por la atención de sus amantes.

Pero bueno, viejo amigo, todo esto son habladurías, quizás fábulas nacidas al socaire de que «nada es más cruel que amar a una mujer» y que quizás ni concuerden con una cronología. Yo iba escribiéndote, antes de que la vecindad de Clodia me dispersara, de cómo los sueños de Acia, de su embarazo y parto, permitieron que fuera gestándose la concreta «divinidad» de un ser tan religioso como Augusto, propicio al prohijamiento del dios Apolo.

¿Recuerdas Hilario, viejo amigo, a Paulo Valerio Máximo...? Sí, claro, el que una mañana, pasada la clase, se acercó para comunicarte la muerte de Horacio. Pues ese Paulo vino a buscarme hace un par de días, en cuanto supo de mi llegada a Roma. Luego, ya te contaré, tuve que presentarle a Clodia, de la que me indicó que no podría retratarla ningún pintor porque sus ojos brillaban y lo deslumbraban, por lo que tenía que ser fijada en lienzo de memoria tal como lo fue Letizia por Tiziano, en 1545, en el cuadro titulado *La bella*, compuesto gracias al dictado de la memoria de su amado don Diego Hurtado de Mendoza.

Pero volviendo a la historia de Apolo, ya dios y antepasado de Augusto, te preciso que entre las muestras de afecto al princeps, fue Paulo Valerio quien me condujo al templo de Apolo en el Palatino erigido por Augusto dada la victoria en Accio sobre Antonio. Posiblemente, me ex-

plicó Paulo Valerio, era la construcción más hermosa debida a la ambición urbanística de Augusto, en la que frente a la entrada del templo se levantaba la estatua de Apolo realizada por Scopas, a la que rodeaban cuatro toros obra del griego Mirón. Sencillamente admitía, con mi contemplar, la invitación de Propercio al inicio del Libro IV: «*Hoc quodeumque vides, hospes, qua maxima Roma est*», que yo traducía como si a mí se dirigiera: «Todo esto que ves, forastero, es la grandiosa Roma.»

Éste era el sagaz Augusto vinculado a Apolo porque el dios había empujado su nave en Accio, donde asumió la figura de fiero vengador, tal como una vez se presentó en Troya para enviar la epidemia de peste sobre los griegos en castigo por el rapto de Criseida a manos del veloz Aquiles.

Te diré, Hilario, que ahora entiendo claramente por qué le disgustó tanto al César que yo ni siquiera hubiera oído nombrar a Trasíbulo, hijo de Jenócrates, cantado por Píndaro camino de la inmortalidad. Si yo, especializado en textos antiguos, desconocía esos nombres, ¿quiénes se aseguraban una eterna presencia? ¿O por qué valía la pena servir a la vanidad de ser importante?

Augusto temía que el veloz tiempo lo desalojara de la Historia borrando todo aquello por lo que construyó algo tan suyo como fue, era, Roma. Creo que fue del religioso y temeroso Augusto, tan llevado por oráculos y horóscopos, sobre el que escuché en una *tonstrinae* en la que me arreglaba, que era frecuente ver al princeps preguntarle a los fantasmas por el Esquilino. E igualmente saber más de aquella égloga de Virgilio, creo que la IV, en la que el misterio acompaña a las frecuentes alegorías y resultaba contradictoria la figura del *puer*. Augusto temía que la égloga anunciara la llegada de un *puer*, de un niño divino que le

arrebataría a él no ya el poder sino la gloria que gozaba de haberla ejercido como el primero de Roma desde la muerte de Lépido.

Mucio Amafinio, hombre probo del que te escribiré otro día, me detalló que Augusto se hallaba tan atribulado que se hizo explicar las alegorías de Virgilio por Filargirio, persona ciertamente despejada. Particularmente yo entiendo que esta égloga IV está claramente dedicada al cónsul Asinio Polión, con motivo del nacimiento de su hijo Salonino. El hecho de que un escoliasta adujera un día que en ninguna parte se habla expresamente de un hijo de Polión, permitió que el *puer* lo recogiera cualquier lector y lo empadronase en la «*progenie scende da ciel nova*», que diría Dante, sembrando de temores la imaginación de Octavio, quien se preocupó ante la idea de un nuevo niño que acabaría anulando su historia romana y la supervivencia de una estirpe que tanto le había inquietado.

Coincidió esta interpretación de la égloga de Virgilio con la llegada a la provincia de Judea de un comerciante peregrino que le había escuchado a un tal Mateo que estaba cercana la venida de un «guiador» que apacentaría al pueblo de Israel liberándolo de la esclavitud de Roma.

Y supo Augusto además, que poco antes de nacer el «guiador» llegaron de Oriente tres magos o sabedores, conducidos por una estrella, quienes preguntaron por el lugar sobre el que se había detenido la anunciadora luz celestial, pues era allí, en Belén, en tierra de Judá, donde se posó.

Gobernaba entonces a los judíos Herodes I el Grande, a título de rey reconocido ante el senado por Marco Antonio y luego, tras la batalla de Accio, confirmado por Augusto estimándolo como fiel a Roma. Herodes les indicó a los magos la dirección para hallar el lugar de Belén

solicitado, pidiéndoles que después de encontrado el niño regresaran a palacio indicándole aquella novedad que él también quería celebrar.

Los tres reyes encontraron el humilde lugar en el que yacía el niño, recién parido por María; se postraron ante él adorándolo, le ofrecieron los dones de oro, incienso y mirra, según señalaba Mateo y, avisados por revelación que no volviesen donde regía Herodes, regresaron a su tierra por otro camino.

Herodes I el Grande, desestimado por el pueblo debido a su crueldad y su servilismo a Roma, se enrabietó por la salida de los magos sin comunicárselo y acabó ordenando la matanza de los santos inocentes, creyendo poder sacrificar así al niño recién nacido que llamaban «guiador». Y fue de esta suerte que un ángel del Señor le apareció en sueños a José, padre del niño y le dijo: «Levántate y toma al niño y a su madre y huye a Egipto, y estate allá hasta que yo te lo diga; porque ha de acontecer que Herodes buscará al niño para matarlo.»

Esto, más o menos, es lo que llegó a oídos de Augusto, quien, a su vez, había podido escucharlo por la voz de un tal Mateo, aficionado a la escritura y del que no sabía más. Pero aunque Augusto estaba inquieto ante la llegada de alguien que podría arrebatarse la gloria y el poder de princeps, de ser el primero, no le parecía mesurada ni acertada la decisión de Herodes, quien a su entender se excedió en servir al poder de Roma con la matanza de los «santos niños inocentes».

Tampoco le extrañó demasiado al *imperator* la decisión de Herodes, pues sabía por diferentes conductos de los líos que se traía con diversas mujeres para desposarlas (serían diez sus matrimonios) y las feroces discusiones que protagonizaba con sus numerosos hijos.

Uno de ellos, Herodes Antipas, se casaría adúlteramente con la mujer de su hermanastro Herodes Filipo, forzando la decapitación de Juan Bautista a petición de la célebre Salomé, hija de Herodías. Pienso, Hilario, viejo amigo, si con estos Herodes y Poncio Pilatos, no ejercería algo el propio Augusto de adivino, con cuya adivinación era normal su estado de amargura en el que se encontraba, como tú y yo lo estuvimos tantas veces ante la destrucción del humanismo que se nos venía encima y pronosticábamos como nefasta realidad.

Sé con toda seguridad que en aquel tiempo que viví en Roma reclamado por Augusto le acompañaba casi constantemente. Después de la comida, se escapaba a una habitación que tenía escogida por su avencia con el silencio y allí, observándome con la satisfacción de alcanzar el triunfo, se echaba a cumplir con la siesta tras dedicarme una mirada en la que yo creía entender su reconocimiento y fidelidad a la costumbre española. Luego cerraba los ojos, inclinaba la cabeza cual si cayese vencido por la gravedad de los pensamientos y se dormía fácilmente.

Yo, Hilario, lo miraba fijamente. De vez en cuando movía los labios como si estuviera formando palabras que prefería mantener huérfanas de sonido. Lo acechaba, espiaba sus palabras nonatas por si podía advertir la causa de su negación de Publio Ovidio Nasón, mi amigo, del que habían desaparecido de las bibliotecas públicas el *Arte amatoria*, *Los fastos* y *Las metamorfosis*. Después de todo, también yo estaba en Roma para testimoniar la conducta de Ovidio.

Puede que fuera entonces, ante el silencio adormitado de Augusto, cuando se me ocurrió pensar que nosotros actuábamos en la tertulia del café como si gozáramos del tiempo sin la sucesión cronológica de los dioses. Ha-

blábamos desde nuestro presente en el siglo XXI, fincados en sus días callejeros, del pasado de Horacio, Virgilio u Ovidio como si compartiéramos con ellos su presente y se lo discutiéramos. Éramos y nos vestíamos en ese presente que fue de ellos e incluso, acuérdate, discutíamos, casi como marujas vecinales, sobre qué relaciones mantenía Terencia, esposa de Mecenas, con Augusto o cómo éste forzaba a los pontífices para que fallasen a su favor para casarse con Livia, todavía embarazada de Claudio. ¿Lo recuerdas, Hilario? Salvo por la lengua, parecíamos redactores y lectores de la prensa del corazón y los cuentos vendibles de aquel presente romano que juzgábamos en el café. ¿Lo vas recordando? Pero nosotros, Hilario, amigo, jugábamos con una ventaja inherente a nuestro momento: podíamos avanzar cronológicamente como si fuéramos adivinos. Podíamos pronosticar la realidad que llegaría con Tiberio o Calígula a la vuelta de la esquina.

¿Te acuerdas, Hilario, del alboroto que organizó don Humberto aquella tarde en la que tú comentabas la leyenda de que el alma de los poetas, al morir, se adentraba en el cuerpo de los cisnes? ¡Dios, la que armó! Alguno citó inocentemente a Calígula y allá don Humberto atacándolo por su crueldad, sus incestos, sus matrimonios, sus extorsiones, su cobardía y sus aficiones literarias, con las que llegó su colmo de furia al destacar lo que hubiese podido suceder de cumplirse su atentado contra la obra de Homero haciendo desaparecer las copias de la edición de Dídimo hecha en tiempo de Augusto. ¿Lo recuerdas? Son, como tantas otras cosas, circunstancias que las reproduzco en la memoria con cualquier movimiento del pasado. Incluso en estos días que convivo con el atribulado princeps y vigilo sus siestas por si algo de su interior se escapara y pudiera comprender por qué razón o capri-

cho encendió su enemistad furibunda contra nuestro Publio Ovidio Nasón, el que tal vez amara más en verso que en la realidad.

A todo esto, viejo amigo, ¿a dónde dirigiré esta mi carta? Recuerda que te marchaste de improviso, sin dejarnos señal de hacia qué espacio y lugar te dirigías. Menos comunicarnos a qué calle y número podríamos escribirte. La verdad es que no nos extrañó al principio este descuido tuyo. Siempre que te dedicabas a viajar por el extranjero nos enviabas postales de Berna, París, Berlín, Roma o la ciudad que pisaras, pero nunca nos proporcionabas la dirección donde encontrarte o avisarte. ¿Continúas con igual costumbre? Si es así, ¿cómo vas a recibir mis avisos, mi voz o mi palabra en el lugar desconocido en el que moras ahora? ¿Necesitarás de la mediación de los daimones en cuanto seres intermedios entre la divinidad y los humanos? Tu actitud me lleva a la perplejidad. ¿Acaso me has conducido a la necesidad de arrogarme el carácter de narrador omnisciente que puede estar a la vez en todas partes, sean reales, posibles o imaginadas? ¿Tal vez estoy abducido por la soledad y necesito comunicar con alguien para sentirme percibido por ese alguien en cuanto ser existente? Pienso que en mi interior tema reconocermé como algo contingente, increado, sin razón ni causa para alcanzar el ser, con lo que podría sancionarme como un mero absurdo.

Escucha, amigo, admite el gran valor que tiene para mí tu presencia. Mi saberte ahí cerca, más allá de las estrellas y del pesado firmamento de plomo que apreciaban los antiguos por cielo. Tenía la impresión de estar escribiéndole a un fantasma, de que el único receptor a quien dirigía mi epístola era un maldito aparecido, el cual regurgitaba mis palabras apenas recibidas en el esófago o el

estómago, jamás en el cerebro, para que me sintiera familiar de la absoluta soledad. Ya sé, Hilario, y tal vez te cuente más adelante, por qué me atraía perseguir a los fantasmas nocturnos del Esquilino y me interesaba tanto observar cómo se levantaban de su encierro los huesos desperdigados hace siglos y corrían ansiosos a buscar a sus hermanos y formarse nuevamente en esqueleto que pudiera yacer completo bajo tierra. Sí, Hilario, me asombraba la tenacidad de los huesos buscando ilusionadamente la calcinada blancura de sus restos entre el aplauso callado de los colegas enfundados en sudarios obedientes a las modas.

Si en la presente jornada que compartimos tuviera que darte razón de mí, te escribiría de un hombre envejecido que rehúye tropezarse con cualquier espejo o cristal esmerilado del que nazca el rumor displicente hacia el objeto contemplado. Con lo cual me voy al verso de Mimermo condenando la vejez como un horror más duro que la muerte, a la que, con su recuerdo, pedía Horacio que llegara antecediendo al final de su amigo Mecenas. Te confieso que yo que leía atentamente los artículos de santo Tomás sobre el amor en cuanto potencia unitiva y concreta, me fui luego a la égloga de Juan del Encina sobre el poder del Amor sobre príncipes y reyes con quien se encuentra el pastor Pelayo.

Posiblemente la égloga de Encina, en la que todos los personajes terminan cantando un villancico de amores, atendiera a la actualidad del príncipe don Juan, casado con Margarita de Austria, llegada de Flandes, que con su extraordinaria belleza y atractivo envolvió al príncipe de tan fogosa pasión que enfermó, palideció y debilitó de tal grado que consejeros y médicos del reino recomendaron que de vez en cuando apartaran a Margarita del príncipe

con el fin de darle descanso. La muerte cercana del príncipe, creador en Almazán de una corte humanista, quebró las esperanzas ilusionadas de toda una nación. A tan extremado dolor acudió también Encina con una composición elegíaca, de cien coplas de arte mayor titulada, bajo patrón clásico, *Tragedia trobada*, ampliamente difundida.

La relación entre la égloga protagonizada por el pastor Pelayo y la *Tragedia trobada* no es ajena a la misión profética que se daba a la primera, hasta tal punto que aparte de la propensión a las leyendas y los cantos del pueblo, yo me permití recalar en la *Suma* de santo Tomás cuando específicamente discurre sobre si los ángeles conocen las cosas del futuro, cita el libro *De causis* y señala que, en cuanto al entendimiento del ángel, no difieren lo pasado y lo futuro, sino que conoce indiferentemente uno y otro. ¿Fue como un ángel Juan del Encina? Por ahí puedes, Hilario, encontrarte a mi maestro Melanio y tal vez fuera prudente que le preguntaras en mi nombre y lo saludaras advirtiéndole que ya pronto nos encontraremos. Todo esto me viene al caso por la presencia de adivinar pronosticándole al *imperator* la llegada de un princeps nuevo y distinto.

Dejémoslo para ir más a nuestro encuentro epistolar, que tanta tradición tuvo y que hoy amenaza a la profesión de cartero por falta de género que repartir. ¿Quién escribe ahora cartas y a mano, cuando tantos medios mecánicos, negadores de la escritura, se le ofrecen? Sólo a un viejo, anunciante de la desaparición, se le puede ocurrir tal anacronismo. ¿Recuerdas, Hilario, aquella mañana en la que me enseñaste un libro de 1817 titulado *Nuevo estilo y formulario de escribir cartas missivas y responder à ellas*. Fue un *best seller* en su época, porque además informaba de los días de la semana en los que debías echar en

el buzón las cartas desde Madrid, para Andalucía, por ejemplo, que salían martes y viernes, a Chipiona por Cádiz, a Huelva por Sevilla, a Marbella por Málaga, etc., con lo que bien advertías el recorrido de tus cartas, ya que se acompañaba el texto con una «guía de caminos» que te indicaba la distancia en leguas entre población y población. Unas pocas páginas te atendían para ir a Roma partiendo de Madrid y Barcelona, y nos ofrecían bien intencionadas situaciones de caminos, hosterías, peajes de ríos, y noticias como «Aquí está la cabeza de la bienaventurada Santa María Magdalena, que la tienen religiosos dominicos, y se ve en ella que en la frente, al lado derecho, están señalados dos dedos de Cristo, nuestro Señor, cuando se echó a sus divinos pies»...

¿Recuerdas Hilario los comentarios que realizábamos a las inocentes ayudas del escritor? Después, a partir de las primeras setenta páginas, comenzaba propiamente el formulario y nuevo estilo para escribir cartas de Pascuas, de casamientos, de nacimientos, de pésames o de «papeles amorosos» cuya amplitud social nos facilitaba la comparación entre el siglo XIX y el que vivíamos.

Te confesaré, viejo amigo, que, advertido por nuestros comentarios a esas cartas, casi me alegra dudar que alguien pueda recibir éstas que, sin ninguna guía ni atención retórica, voy dirigiéndote. Aunque sí me apena que por nuestro mundano progresismo en comunicarnos por e-mail o por la inmediatez del *WhatsApp*, ahora perdamos la hermosa tradición de una cultura epistolar a la que tantos humanos gloriosos se apuntaron, incluso atendiendo epístolas no concebidas para la difusión como las dirigidas por Cicerón a Ático, su diligente editor.

(Por cierto, y permíteme un «docto e ingenuo paréntesis»: te señalo que el texto *Ad Aticum* que manejo y

nunca os mostré es un libro perfectamente encuadernado, con las últimas hojas restauradas: editado por Philippi Giunti, 1514, en Florencia. Es el ejemplar que me mostró devotamente mi abuelo, de quien lo heredé al ganar mis primeras oposiciones.)

¿No te parece que es cruel que este texto, al igual que tantos otros, desaparezca por la ingratitud de la vida, rendida ahora a una velocidad acelerada que asfixia por inútil al honrado oficio de cartero? Me temo que ver a un pueblo sin su cartero que asciende con su valija una calle y se detiene de tanto en tanto en la taberna a comentar su carga, será como ver a un pueblo comido por el silencio de los pájaros huidos.

¡Qué pobres desvalidos somos internamente, atropellados por el tiempo que nos lleva astutamente ocultando sus variaciones! ¿Qué mirábamos ayer mismo nosotros para asirnos? Y hoy, ya ves, ni siquiera sé a qué dirección dirigirte esta palabra para que la recibas y me comuniqués por dónde caminas.

Me dirás que por qué no medité y escribí sobre el tiempo, sobre un argumento del que todo el mundo opina en la calle. «No tengo tiempo para nada, chica.» «No hace tiempo para ir a la playa.» «¡Vaya un tiempo de mierda para ver el fútbol!» Y así. Te recordaré, viejo amigo, aquel comentario de Cicerón al mito de Saturno: «Este dios que devora a sus hijos no es sino el Tiempo insaciable de años porque consume todo lo que pasa.» Te respondo, Hilario, que nunca cité al tiempo en nuestros diálogos porque quizás no seamos mucho más que un tiempo tan ligado al movimiento y tan de nuestro vivir que la cesación de la vida o muerte se concibe con la inacción, la falta de movimiento.

Por ahora, no queriendo caer en las fauces de Satur-